

ESA GOTA QUE TANTAS VECES, DESBORDA EL VASO

El lugar olía a tristeza; sobre todo a tristeza. Pero también a desesperación.

Llegó arrastrando los pies, como cada noche. Le costaba tanto vivir!

Abrió la puerta despacio y sin ganas soñando que, por algún milagro, la llave no entrase en la cerradura o, quizá, se rompiera dentro de ella y así envolverse en una excusa, para huir.

Pero nada de eso sucedió. La llave se introdujo suavemente en el orificio y el giro fue limpio y perfecto.

Otra bocanada de resignación y ¡adentro!

-¡Por fin llegas!

El tono, desabrido y seco, de la voz que pronunciaba esas tres palabras, la golpeó como si del árbol de su vida se desgajase una rama.

¡Sí! respondió con voz débil, cansada, harta.

-Ya era hora! Llevo toda la tarde sola.

Ella no contestó. Si dirigió a su habitación y abrió la ventana. Se descalzó sin prisa y, sin saber la razón, se plantó delante del espejo del armario ropero, el de toda la vida.

Algo la invitó a mirarse más hacia dentro de lo habitual. A no quedarse en su vestido, en las medias o en ese pelo tan brillante y hermoso. Hermoso pensó; sí, tengo un cabello hermoso. Y comenzó a peinárselo con los dedos, a sentir la suavidad de esa melena que era suya. Suya... como su cuerpo.

Siguió mirándose con curiosidad. Con cautela y curiosidad.

-¿Qué estás haciendo? Le gritaron desde la otra habitación.

-Nada, dijo. Pero lo hizo sin rabia ni sometimiento. Lo dijo porque era la verdad.

Como si fuera una sotana, fue desabrochándose, uno a uno, los 12 botones de su vestido. Seis en el torso y seis más a partir de la cintura.

Cayó el vestido al suelo con un murmullo de risas apagadas, de bocas encendidas, de manos codiciosas.

Y allí seguía ella. Dejando que el enorme espejo (que ocupaba la puerta central del armario) la mirase goloso, degustándola, animándola a seguir desprendiéndose de ropa.

Miró su pecho recogido, con mimo, en el interior de un sujetador color carne; una prenda sencilla que adquiría sensualidad por los dos manantiales que albergaba. Pronto se encontró haciendo compañía al vestido.

Su pelo y su pecho... Todavía estoy viva! pensó.

De nuevo aquella repulsiva voz

-Pero ¿se puede saber qué estás haciendo y por que no vienes a ver si necesito algo?.

Esta vez no contestó. Se giró y, de espaldas al espejo, se quitó medias y braga. Lentamente, se puso de nuevo frente a ella misma y quiso sonreír pero un arrastrar de ruedas y la imagen de la muerte en vida, se reflejó a su lado.

Quiso borrarla de un golpe. Hacerla desaparecer. Destruir para siempre esa boca odiada.

... lanzó el puño, cerrado, rotundo, contra la figura reflejada en su conciencia y lo descargó con ira, dolor y rabia.

Mil pedazos de cristal desdibujaron lo que antes fue nítido. Cogió uno, grande y picudo, y se dio la vuelta, plantada frente a una boca cuyo rictus ya no era de asco o de desdicha. No, ahora era espanto, sorpresa y hasta temor lo que se dibujaba en aquellos labios.

Lo clavó, certeramente, en la mitad de unos ojos aterrorizados y un grito agrio resonó feroz, estrellándose contra las paredes, el techo, el vacío...